

## Regreso a la Juventud

Pocas cosas en el transcurso de una vida humana tienen más arraigo que la comprobación del paso del tiempo, y pocas cosas que se deseen con más ardor que, el deseo de volver a sentir la juventud, aunque sea solo un instante. Suficiente ese soplo para valorar, saborear o reinterpretar en lo posible ciertos pasajes recordados muchas veces en la distancia, porque seguramente pasaron “desapercibidos” en su época. También, para ser comparados con las mismas sensaciones o vicisitudes que se viven de forma cotidiana en el momento presente.

Antes de presentarme debo hacerles partícipes de lo acontecido. Haber vivido de primera mano acontecimientos relacionados con un “regreso a la juventud”. Sí, lo expreso bien, haber experimentado un retroceso en el tiempo, hasta un punto ya vivido, en lo que denominamos “pasado”.

Ahora ya puedo presentarme y darme a conocer, de forma que lo que a continuación rememoro sea fácilmente accesible para el lector.

Manifiesto que soy un médico jubilado en “activo”. Es decir, una persona liberada por la edad de las rutinas laborales del día a día, y al mismo tiempo con demasiada curiosidad y con las suficientes ganas de vivir para satisfacer esa gran carencia de experiencias vitales no proporcionadas por la profesión, durante la cortedad del tiempo que nos corresponde vivir y por haber estado solapadas por la actividad laboral, plenamente gratificante y comprometida, pero que impide penetrar y profundizar en otras artes diferentes, tan abundantes en la naturaleza.

Ya solo queda comentar el desarrollo de los sucesos extraordinarios que anteriormente les había anticipado.

¿Cómo sucedió? ¡Sucedió sin más!, sucedió soñando, durante un deseado descanso nocturno. Luego, el sueño adquirió realidad, al insinuarse en el contexto del día a día durante los siguientes meses.

Justo después de haber finalizado una corta excursión de 5 días con otros jubilados por el sur de Francia, realizada en un autobús con largas sesiones de circuito en carreteras muy sinuosas, de segundo o tercer orden, el cansancio era real, reconocido por indagar en las propias sensaciones corporales y también era muy aparente. En estas condiciones siempre llegas a cimentar la idea de que no hay nada mejor para disfrutar de la vida como vivenciar los hechos cotidianos en tu propio hogar, sin los estreses ni preocupaciones adicionales de las excursiones, más allá del asalto emocional que te podía sorprender el conocimiento del menú del mediodía, mediatizado por las típicas prohibiciones del médico.

Aquella tarde-noche me sentía tan cansado que, habiendo llegado a mi hogar caí rendido en la cama. Y durante el descanso soñé con toda intensidad un sueño diferente a los habituales. Sin saber cómo, me trasladé a un tiempo que anteriormente ya había vivido, e inmediatamente, experimenté su acontecer cotidiano, una sucesión ordenada de lances y de aventuras. Me encontraba inmerso en una realidad física visualizada en toda su viveza, comprobando el auténtico peso del entorno. Las sensaciones y emociones que fluían en mi mente eran consustanciales con los hechos presenciados y con la interacción del entorno, que no me era ajena. Además de estar capacitado para sentir las diferencias entre esta realidad y la realidad vivida antes de dormirme.

La llegada a esa época se mostró como un hecho natural, porque no surgió del ruido de las preocupaciones del día anterior, ni de la existencia de fenómenos extranaturales. Solo asistían al acontecimiento las peripecias que siempre se han conservado como en un simple y natural transcurrir del tiempo. Dentro del sueño veía y sentía el “contorno” con una realidad “total”, recordando la atmósfera y a los personajes allí presentes y con los que me había relacionado con anterioridad, ya conocidos y familiares por la estancia anterior, la auténtica.

Aquel sueño era muy diferente a los otros, muy opuesto en temática de los fugaces y de las surrealistas imágenes que suceden en las ensoñaciones ordinarias y anodinas de todos los días, recuperadas de la mente, la mayor parte de las veces, tras duros esfuerzos. Aquella vivencia o sueño se mostraba tal cual, sin escenas difusas o confusas que distorsionasen los hechos que se sucedían en el espacio y en el tiempo, sentido como circunstancial, pero registrándose de forma muy ordenada. Tan ordenada como vivir el tiempo de forma secuencial cuando estamos despiertos. Una cosa delante de otra y separadas por ese lapso que se fue.

El momento para retrasar el reloj del “tiempo” aconteció durante aquella noche en la que me sentía demasiado cansado, cuando el protagonista contaba con 72 años, tres meses y dos días. El día elegido al que el destino me acercó a la escena del “pasado”, se situó cuando el mismo protagonista tenía 34 años, siete meses y catorce días, y el tiempo anotado en los calendarios que colgaban de las paredes de la casa en la que aterricé, orientaban a situarse en el 12 de agosto de 1987.

Debo reconocer -como he dicho antes-, que la realidad física era la misma, con las mismas circunstancias que ya había vivido 38 años antes, recono-

ciéndome con mis propios ojos y distinguiendo también a los contemporáneos que me rodeaban, en un grado de juventud pareja con el tiempo “anterior”. En ellos, la naturaleza aún no había desgastado o arrugado sus rostros y en mi mente aparecía la diferencia con la que se encontraban ahora. El “pasado” se manifestaba ante mí, se encontraba allí presente, y solo era yo quien distinguía las diferencias.

Creo que la historia -el sueño-, abundaba en acontecimientos propios y ajenos, porque comprendía perfectamente lo que había al otro lado del tiempo, y era conocedor de todos aquellos acontecimientos que sucederían con el transcurso de los años, hasta llegar al punto en el que inicié mi particular partida hacia el pasado. Pero para no cansarles, solo comentaré aquellos aspectos relacionados con la sorpresa del suceso y con la situación específica acontecida en mi persona.

Recuerdo, que la noche había sido “movida”, cuando me desperté al día siguiente. Subjetivamente me encontraba descansado, y de hecho, mi cerebro funcionaba con la rapidez suficiente ante cualquier pensamiento que surgiese en mi cabeza, sin esas lagunas frecuentes que son síntomas en personas de edad de haber pasado una mala noche, por no haber dormido o descansado satisfactoriamente.

Mientras realizaba las labores cotidianas durante las primeras horas de la mañana: desayunar, ducharme, etc., no dejaba de pensar en lo acontecido, en lo vivido o sucedido durante la noche. Y surgían demasiadas preguntas por doquier, sin estar en disposición de contestar a ninguna.

Primero de todo, ¿cómo se pueden retrasar 38 años en la secuencia temporal de la vida de una persona, en un instante? Eso, nunca lo sabré, porque la ciencia también lo desconoce. Existen todavía muchos misterios en el universo impenetrables a nuestro entendimiento.

¿En qué situación anímica me encontraba yo, visualizando y percibiendo estos eventos? Solo sé que el contexto era un poco diferente. En aquel lugar del tiempo y en los instantes que precedieron a la acomodación al lugar, percibía y sentía la sensación de poseer una “especie” de doble personalidad que no provocaba miedo, angustia o ansiedad de ningún tipo. Era pues el momento de investigar, de captar y de saborear experiencias, con la capacidad de mis sentidos, todos ellos en plenitud de sus funciones. De esta forma, todas mis sensaciones, todas mis emociones y todas las razones o explicaciones vitales de mis conocidos, podían ser aprovechadas para explorarme o para asesorarles.

Para situar los acontecimientos es sensato y oportuno conocer el estado actual de mi cuerpo y de mi mente a los 72 años. Porque todo hay que decirlo. Aunque me encuentro con condiciones físicas y mentales excelentes, reconozco las limitaciones de mi edad actual. Sin embargo, el aspecto físico “en general” ha cambiado con relación a las formas de mi físico en mi juventud, ¡faltaría más!: un poco más grueso, resaltando la prominencia del vientre, la menor altura corporal, la escasez de cabello, ¡casi calvo!, etc., etc., ¡para qué seguir!

Y si nos centramos en aspectos particulares, los cambios son igualmente evidentes. En el rostro las arrugas y las manchas cutáneas abundan. La musculatura de los miembros superiores e inferiores se han adelgazado y cerca de los tobillos han aparecido manchas oscuras, que denotan deficiencias circula-

torias. Al caer el día, aparecen pequeños edemas en las piernas y a veces la digestión de las comidas se hacen más largas de lo deseable.

Y qué decir de los controles sanguíneos, a veces repetidos porque el médico se empeña en reiterarlos cada cierto tiempo, por dudar de esas cifras llamativas que, pueden ser el resultado de un error de la máquina. Con la mecanización del proceso, además de completarse el estudio casi instantáneamente, la máquina señala aquellos parámetros que no se ajustan a la programación. Y en mi caso se puede decir que, estoy bastante “estrellado”. Que si la glucosa está alta, que si el colesterol y los triglicéridos, y...que se yo. Además, en el estudio desaparecen las hormonas más interesantes para las relaciones humanas y suben las que no son necesarias para las mismas relaciones.

En fin, para que contar penas. La viejera solo sirve para saber que el protagonista ha tenido una vida ...larga. Y se supone que en esa vida larga se han aprendido cosas muy provechosas, ¿...para qué? ¡Esa es la cuestión! Por eso, hay que recordar que uno ha sido joven y que en esa época estas cosas que te suceden a diario no existían. Los pensamientos sobre tiempos pasados solo te introducen en una especie de nostalgia, y de envidia sana hacia la gente que en este momento del tiempo posee lo que tú tuviste y ya no tienes.

Durante la ensoñación, lo más notorio que se paseaba por mi mente eran los recuerdos “ya conocidos” sobre el funcionamiento de mi cuerpo en aquel momento en el que disfrutaba de 34 años. Cuando bailaba en una discoteca, por ejemplo, o cuando me inicié en las actividades deportivas con el “jogging”. Mi cuerpo, mis articulaciones no padecían dolores articulares ni tampoco musculares, y se manejaba con la actividad física en el espacio con habilidad,

nada que ver con la torpeza de la situación actual y las molestias poliarticulares presentes, que aparecen y se multiplican en cuanto atosigas físicamente a tu corpachón.

O las exigencias cerebrales de largos periodos de tiempo ejercitando la mente para fijar en la memoria o memorización de extraños nombres de terminología médica o de aquellas situaciones estratégicas para conocer al detalle pormenores de técnica quirúrgica, siendo ya médico de staff. En esas condiciones, yo recordaba que mi mente funcionaba con rapidez, recordando esos nombres raros o esos detalles técnicos, al momento, sin lagunas y sin las latencias que ahora abundan. Y, efectivamente, en ese momento en que vivenciaba mi transporte al pasado y podía hacer comparaciones entre los dos mundos, así era de evidente el cambio.

Pero lo extraordinario del sueño se relacionaba con la posibilidad de trascender el tiempo, y lo mismo que sucede con el agua cuando estabiliza su nivel entre vasos comunicantes, así sucedía con los desarreglos que el tiempo había provocado en el cuerpo y en el alma del protagonista.

Un primer atisbo de certeza o comprobación sobre la certidumbre vivida en ese sueño ocurrió de forma casual 4 semanas después de aquella noche. Sobrevino tras la corta actividad física diaria que por indicación médica el protagonista realiza a diario. Fue en el momento de la ducha, donde por necesidad se repasan todas o casi todas las áreas corporales situadas en el plano de la visión anterior y lateral del cuerpo. Y en esta localización era aparente que las manchas cutáneas localizadas en el tercio distal de las piernas prácticamente habían desaparecido.

¿Cómo era posible? Si las manchas tenían un origen vascular, lo probable en su evolución consistía en ir creciendo en extensión o en la intensidad de la coloración, y lo menos probable era disminuir, ¿... disminuir? No, lo que allí se evidenciaba era una desaparición de las manchas. Bueno, pensé, los hallazgos médicos son muy variables y la evolución de los acontecimientos presentan por lo general aumentos y remisiones o, ¿... quizás, esas manchas no son de origen vascular? y la causa cierta tenga características evolutivas mejor explicadas con otras etiologías, parecidas a lo que en el resto de mi cuerpo he observado. Bueno, ese razonamiento pareció triunfar y lo advertido por mi sentido de la vista en mis piernas, pasó “por el momento” a un segundo plano.

No habían pasado 3 o 4 días desde la anotación anterior, cuando averigüé en mis idas y venidas caminando al pueblo, siguiendo las indicaciones médicas que, transcurrían con plenas sensaciones de confort en las rodillas. Incluso anoté que en un momento de precipitación en que tuve que correr unos metros, inducido por los arrebatos de un automovilista impaciente, mis rodillas se comportaron como en plena juventud. La cara anterior de las rodillas era la zona supersensible a cualquier tipo de cambio, ya fuese por el clima, o por la sobreactividad de bajar o de subir cuestas o escaleras, o sencillamente, por cruzar las piernas durante los pocos ratos de sedestación en el domicilio, viendo la T.V.

¡Qué bien te encuentro!, me espetó con envidia el vecino de al lado de mi casa, cuando observó la solvencia con la que subía andando la pronunciada cuesta, inmediata a mi domicilio. No sé si a toda prisa o dentro del ritmo que yo había establecido para la caminata. ¡Pues sí, amigo!, le contesté. La verdad es que no puedo quejarme de nada, me siento optimista respecto a mis actitudes físicas, respondí yo en un alarde de inmodestia.

Habían pasado cerca de 3 meses desde el sueño premonitorio, cuando en el momento de afeitarme, recién levantado de la cama, me pareció que aquella mancha oscura que había aparecido tras una quemadura dermatológica de una lesión cutánea, no se manifestaba a mi vista. La verdad es que la edad tampoco perdona a la agudeza visual, ...me dije. Aquel día después de desayunar y ducharme me vestí para hacer un encargo en la ciudad. Me coloqué mis anteojos graduados y simulando a un adolescente presumido, volví a re- admirar mi “careto” en el espejo: ¡sorpresa! Allí donde días antes existía una mancha cutánea de 2 cm<sup>2</sup>, ya no florecía nada. La mancha había desaparecido. Me reconfortó admitir que la agudeza visual funcionaba muy bien sin lentes graduadas, pero en aquel momento no me vino a la cabeza la rememoración del pasado sueño.

Cinco o seis meses de la primera ensoñación, cuando mi memoria había olvidado por completo los acontecimientos previos, volví a soñar de forma parecida al sueño famoso con el que se iniciaron los sucesos que les estoy anticipando. Pero con una discrepancia sustancial, por el impacto que produjo en mi ánimo. Fue tan sorprendente, que faltó poco para despertarme. En esta ocasión el sueño estaba mezclado con actividades y sensaciones complejas, indescriptibles, funcionando una forma similar a la que adoptan los sueños “circulares”, que solo terminan cuando uno se despierta para ir al baño a aliviar la vejiga. Tan frecuente en nuestra edad. Pero esta vez recordaba claramente lo sucedido porque reforzaba de alguna forma el sueño vivido hacía unos meses antes. Era una especie de “vacuna”, que reforzaba la certidumbre sobre aquella realidad.

Aquella noche tuve una “erección” con final feliz. Eso sí que se recuerda, porque es tan poco frecuente, que cuando aparece se inmortaliza, vaya si se conmemora.

¡Es un cambio total!, es un triunfo, un vuelco completo a la situación habitual, un rejuvenecer.

A la mañana siguiente de un hecho tan llamativo, apelo de nuevo a la reflexión. Y entonces sí, entonces se ponen en el candelero todos los hechos o acontecimientos que se habían sucedido y puesto en evidencia durante todos estos meses sin llamar mi atención, sin apreciar -o al menos no se notaban evidencias de retroceso-, aquellos primeros eventos que abrieron mis sentidos a la certidumbre del cambio. Y, lo más importante, los órganos situados distalmente al ombligo parecían responder a las llamadas de la calle, o a las invocaciones de ciertas escenas peliculeras.

Y así transcurría el tiempo hasta que llegó el momento de la cita médica con tu especialista, comprometida con varios meses antes. Esta suponía, entre otras cosas, proceder a un rutinario control sanguíneo.

Llegado el momento, el médico antes de saludarte lee despacio los resultados y los contrasta con los resultados de análisis anteriores. Cuando ha terminado, levanta la cara de los documentos y por fin te saluda, al mismo tiempo que te felicita con un cierto tono de conmemoración. Tú le miras con ojos incrédulos, porque no sabes las razones del juicio que está emitiendo, desconoces que es lo que está pasando. Pasado un cierto momento de estupor, el verbo se hace más explícito y te cuenta con pelos y señales que tus análisis son normales, como los de un "jovencito". Te explica como los parámetros mostrados en el papel se encuentran dentro de los límites normales, salvo esas transaminasas hepáticas, un poco rasantes y que se elevan esos límites, ¡pero, no te preocupes!, dada tu edad, deben interpretarse también como normales. Y teniendo en cuenta que tú eres una

persona de mundo, se arriesga a desaconsejarte con la familiaridad que proporciona la confianza en el trato, para que no cometas la tentación de excederte en las libaciones.

Pero bueno, teniendo en cuenta como esas cifras han estado anteriormente alteradas, se supone que eres una persona responsable y cumplidora. En una palabra. Estás normal, como un “muchacho”. Por lo tanto, no es necesario volver a una nueva revisión médica al hospital.

El médico te ha dado el ¡alta!, qué suerte, te dices a ti mismo, hecho que refuerzas cuando otros te felicitan..., aunque sean tus hijos y allegados cercanos los más interesados en que te encuentres bien. El alta médica se debe a que el médico me ha encontrado bien de salud, respondo yo. Además, he adelgazado 2-3 kilos y como llevaba la ropa que me compré la temporada anterior, que me caía un poco grande, aunque sin desentonar, le he dado una buena impresión al galeno. Es decir, el médico me ha encontrado con una salud robusta y con excelente ánimo y vitalidad. También es verdad que, apuntalado su juicio clínico por el tipo del vestido que llevaba: a la moda y con la moda.

Esto sí que es sorpresa. Lo sucedido ese día en el hospital es parecido a ver tu nombre escrito con grandes letras en un “título” académico importante, de esos que están firmados por el Jefe del Estado.

Lo anterior, queridos lectores, lo que les he contado mediante esas sensaciones “subjetivas” y también “objetivas”, son las primeras impresiones de algo bueno que me está sucediendo desde hace 6-8 meses. El proceso parece evolucionar de forma lenta, sin intermitencias. Por lo menos, yo lo noto permanentemente, como si de un premio gordo se tratara. De un gran premio que cada vez es más gordo.

Pero si alguien me exige ser más certero en mis apreciaciones y analizar mi "caso" con mayor precisión, debo recurrir a formalizar comentarios explícitos sobre mi masculinidad. Porque quizás sean estos los criterios más determinantes para conocer el estado de salud o de enfermedad de una persona, o el estado de ganancia o de pérdida de la salud en el momento en que se me pregunta. Y en estos momentos, puedo confirmar que el sueño erótico que una vez disfruté, se repite con cierta frecuencia y ese seudotermómetro corporal que nos acompaña permanentemente, parece estar más vivo que muerto ante los constantes estímulos visuales de nuestro mundo actual, sin contar con el claro contraste del ánimo y de la facies de mí siempre santa esposa, cuando toca la ocasión. Todo ello me mantiene en un magnífico estado de satisfacción y de optimismo.

¡Que contento y feliz me siento! Es un momento de dicha difícil de imaginar hace solo unos meses, por ejemplo, cuando disfrutaba de esa excursión en Francia. tanto, que el lado optimista de mi instinto me estimula para contárselo a todos los que quieran oírlo. Me susurra razones propias de una mente un poco fantasiosa: *para sentirse feliz con todos los adjetivos, el mundo debe conocer mi estado y sobre todo el cambio "favorable" que he percibido y experimentado en estos pocos meses*". ¡Esto hay que contarlo!, pero ¿a quién participo de mi alegría? Bueno, en nuestro entorno existen dos posibilidades para ser divulgado, sin excluirse ninguna de ellas. A los buenos amigos y a la sociedad en general.

Sin embargo, el lado oscuro de la imaginación mucho mas sensata me dice todo lo contrario. O por lo menos yo lo percibo como un discurso contrario y opuesto al que mantiene el lado atrevido del cerebro. Al fin y al cabo, no son dolores ni incapacidades lo que te acosa, es mucho más soportable, así que

¡vívelo en soledad! Sí, mi lado oscuro del cerebro, el más sabio de las particiones que todos tenemos, por variadas razones me anima a no decir nada a nadie, y mucho menos a los amigos. Sigue empeñado en la opción de vivir en soledad mi propia alegría, porque esta opción es más saludable para evitar la “maledicencia” y el “descrédito” que puede acarrear una decisión mal tomada.

Creo efectivamente que este lado del cerebro me protege y me advierte con avisos como los siguientes: *“...los buenos amigos son escasos y se cuentan con los dedos de las manos. Si lo haces y te sinceras con el más próximo, este lo puede utilizar como un arma en tu contra, sobre todo, teniendo en cuenta la maldad envidiosa del amigo, ante una confianza de tal calibre. Y si se lo cuentas y al mismo tiempo temes que te traicione, es mejor no decir nada”*.

Debo reconocer, que el lado alegre y confiado, es muy persistente. Es un martillo que golpea y golpea sin posibilidad de pararlo. A veces creo que me atosiga, porque me masculla con bastante premura. Si no lo cuentas, tal y como te aconseja el otro lado -entre ellos se llevan muy mal-, nunca sabrás si esta magnífica “jugarreta” que te ha gastado la naturaleza es común para todos los mortales. Si es cierto, la apertura de tu mente estimulará las experiencias de otras personas y una vez puesto el tema al descubierto, quizás se descubran mecanismos variados para mejorar la salud y alargar la vida de los jubilados. Si no lo haces, seguro que pasado un cierto tiempo te vas a arrepentir por no haber confiado un secreto a los amigos, y eso “querido amigo”, te va a provocar tristeza. Esa tristeza lastimosa que a veces vemos en la senectud, probablemente debida a hechos similares acaecidos a personas que no se fiaron de los demás. Además de vivirlo en soledad, lo vivirás también con amargura.

Y, continua con su perorata: esto que te ha ocurrido a ti, es un gran descubrimiento, es un ¡avance extraordinario!, aunque ese “otro lado” del cerebro

opine todo lo contrario, *“...lo que te ha ocurrido, es demasiado importante para permanecer en el anonimato. Eres médico y desde siempre estás acostumbrado a publicar hechos novedosos y relevantes, para que avance la ciencia. Tú también te has aprovechado de experiencias ajenas que se han divulgado en revistas especializadas y su universalización ha contribuido a mejorar la vida humana”*. Por lo tanto, es muy aconsejable que lo des a conocer mediante su publicación en una revista científica de prestigio, como el *British Journal of Medicine*, por ejemplo.

Ten en cuenta, me sigue apuntando, que los cambios involutivos relacionados con la edad han estado siempre en el platillo indeseable de la balanza de la vida y son evidentes para todo el mundo, incluidos nuestros sentidos. Aunque globales, son más notorios en nuestro rostro y en las facciones que lo personalizan y de poder llevarse a cabo este avance, supondría una alegría infinita para la mitad de la población mundial, por lo menos. Y remata sus razones con una esperanza: *“...con un poco de investigación y con la metodología apropiada, se puede encontrar una medicación capaz de acelerar el proceso que has vivido y la suerte jugará sus bazas para universalizarlo”*. Sí, estos hechos ¡deben ser conocidos por la sociedad!

Tras varios momentos de indecisión, cuando el lado oscuro ya se veía perdido por el brillante razonamiento del lado optimista del cerebro, el “otro lado” el sensato, mal llamado lado pesimista u oscuro, ha podido contraatacar: *esperemos un momento, antes de tomar una decisión definitiva, “...busquemos la opinión de un experto, que haga al mismo tiempo funciones de arbitro”*.

Porque -sigue insistiendo el lado oscuro, que ahora le toca hablar alto y claro, para apaciguar en lo posible ese exceso de triunfalismo que exhibe su

contrincante -, no tienes seguro del todo que eso de dar publicidad con marchamo "científico" a un suceso con poca evidencia objetiva, como el haber sido "soñado", sea lo más adecuado. A buen seguro que, si el caso es consultado con el psiquiatra o con el psicólogo, cualquiera de ellos te explicará con buenas razones, teóricas o con ejemplos vitales, que ese sueño que tuviste una noche y que se repitió a los tres meses, sobre la aparición de una vuelta a la juventud, solo ha sido ...un sueño. Y por supuesto, ¡no le des más vueltas y olvídate de publicitarlo!

Y esta es la incertidumbre que me corroe a día de hoy. Estar envuelto entre las opiniones opuestas de los dos lados de mi cerebro. Evidentemente, ando un poco perdido.

¿Qué deparará el futuro?

Por el momento me resulta un pronóstico difícil de contemplar. Lo lógico, tal como se plantea el paso del tiempo, es que estos cambios se estabilicen y no empeoren, por lo menos yo me siento feliz y esperanzado en mantener este resultado. Y con esta certidumbre he optado por confiar en todos mis amigos sobre la credibilidad del relato y con ganas de volver a informarles con prontitud de acontecimientos venideros, anticipados o enmarcados en sueños premonitorios que funcionen en modo "vacuna de refuerzo".

¡Hasta pronto!, queridos lectores. Prometo contaros toda la evolución del caso, y de las novedades que vayan surgiendo.